

>

M

E

M

O

R

I

A

S

Y

B

I

O

G

R

A

F

Í

A

S



A.R.M.H.

1

DE ABUELOS Y CUNETAS EXHUMACIÓN DE LOS RESTOS DEL ANDORRANO SEBASTIÁN BLASCO

MAY BORRAZ BLASCO

El 26 de octubre de 2020 se llevó a cabo, en la zona del cementerio de Andorra conocida como el Corralico, la exhumación de los restos de Sebastián Blasco Aznar.

Sebastián nació en Andorra el 19 de enero de 1895. Era hijo de José Blasco Valero y de Dolores Aznar Eced. El 25 de abril de 1925 se casó con Manuela Bielsa Pradas y tuvo tres hijas con ella: Pilar, Luisa y Fabiola. Murió el 17 de abril de 1939 en el Pozuelo. Según el acta de defunción se suicidó cortándose el cuello. Su mujer siempre negó la versión oficial.

Yo soy May, su nieta, y me he pasado toda mi vida, de una u otra forma, intentando averiguar qué pasó realmente. Hace ocho años decidí empezar a investigar los confusos detalles de su muerte y a dejar constancia en un libro recientemente publicado. En octubre del año pasado, y gracias al valioso apoyo de la ARMH (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica), recuperamos sus restos y en enero tuvimos la confirmación, tras hacer las pertinentes pruebas de ADN, de que, efectivamente, el cuerpo que habíamos encontrado era el de Sebastián.

La investigación y el proceso de escritura, que han ido de la mano en todo momento, han pasado por momentos altamente emotivos y fructíferos, pues me han permitido adentrarme tanto en la historia de Andorra durante los años de la Guerra Civil y la posguerra, como en la de mi familia amplia, a la que hasta hace poco apenas conocía.

< Exhumación de los restos de Sebastián Blasco en Andorra. (Foto ARMH)



Entorno del mas del Pozuelo, donde Sebastián Blasco fue asesinado. (Foto: ARMH)

El libro, que lleva por título *El último cuento*, arranca con la explicación de las tres versiones que yo tenía sobre la muerte de Sebastián. Una de ellas me la contó mi abuela Manuela, la viuda de Sebastián. Vaya por delante que Manuela y yo tuvimos una relación muy estrecha, pues durante mi infancia compartimos habitación, y que yo la adoraba. De hecho, todo el libro es una larga conversación con ella.

La versión de Manuela, la que yo oí una y otra vez cuando era pequeña, era que a Sebastián lo habían matado por la espalda al acabar la Guerra Civil. No añadía nada más, como mucho la palabra “cobardes”.

La segunda versión me la contó un tío segundo cuando yo ya era adolescente. Según él, a Sebastián lo habían acorralado un grupo de fascistas en el café del pueblo. Sebastián, para no dejarse atrapar, se había subido a una mesa, había gritado “Viva la República” y se había cortado el cuello.

La tercera me la contó mi tía Luisa, la hija mediana de Sebastián, cuando yo ya tenía más de cuarenta años. A Sebastián lo habían matado a navajazos cinco hombres del pueblo al acabar la guerra por haberse significado a favor de la República.

El libro parte, pues, de estos recuerdos y se adentra en la historia a través de entrevistas con las pocas personas que todavía recuerdan algo de aquellos sucesos. Ese ha sido el principal problema de la investigación, pues los testigos o estaban muertos cuando empecé a escribir la crónica o se fueron muriendo mientras la escribía. Estoy profundamente agradecida a todos los que se prestaron a hablar conmigo tanto de mi abuelo y de su muerte como de la historia del pueblo o de la de sus propias familias.



Un momento de la exhumación realizada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. (Foto: ARMH)

Gracias a ellos pude elaborar el árbol genealógico de la familia Blasco, remontándome a mis trastarabuelos (que es como se llaman los padres de los tatarabuelos y que es algo de lo mucho que he aprendido escribiendo el libro). Gracias a ellos pude empezar a hacerme una idea de lo que realmente había sucedido y gracias a ellos, una vez más, supe dónde había sido enterrado.

Entre otras muchas cosas, averigüé que Sebastián era el tercero de siete hermanos, seis varones y una mujer. Averigüé que a la familia de su padre la llamaban Morrochuchos y a la de su madre Toreros. Averigüé que Andorra fue una de las muchas colectividades que se crearon en España durante la Guerra Civil. Averigüé que a mi madre la inscribieron al nacer con el nombre de Fraternidad y que más tarde se lo cambiaron por el de Fabiola. Averigüé que una vez acabada la guerra se formaron somatenes fascistas que se dedicaron a robar, matar y humillar a todos los que habían defendido la legitimidad de la II República. Averigüé que fue uno de estos somatenes el que mató a mi abuelo.

Pero más allá de los hechos en sí, que son muy valiosos porque sin ellos no hay historia que valga, el proceso llevado a cabo durante estos últimos años ha reafirmado mi creencia en la necesidad de aclarar el pasado de este país y en la obligación moral que tiene nuestro Gobierno de sacar a todos los abuelos de los tristes y olvidados hoyos a los que fueron arrojados. A los que son buscados y a los que no. A los que tienen nietos con tiempo y a los que no los tienen.

Me explico. Cuando llevamos a cabo la exhumación y encontramos los restos del que creíamos que era Sebastián, enterrados en las afueras del cementerio, mi alegría fue inmensa. Es difícil de explicar, pero fácil de comprender, el amor con el que miraba los huesos del que creía que era mi abuelo. Si en aquel momento hubiéramos tenido la certeza de que era él, certeza que no podíamos tener hasta que no se realizaran las pruebas



May Borraz durante la exhumación del cadáver de su abuelo. (Foto: ARMH)

de ADN, creo que me habría derrumbado junto a él y que habría sido muy difícil arrancarme de allí.

Pero no teníamos esa certeza. Todo apuntaba a que era él, pues estaba claro que aquel cuerpo, con la cara de medio lado y el brazo colgando por encima de la cabeza, no había sido enterrado sino arrojado en aquel hoyo. Pero ¿y si era el cuerpo de otro represaliado?, ¿y si a Sebastián lo habían enterrado en otro lado?

Y sin embargo... en aquel momento me di cuenta de que el amor que sentía por aquellos huesos, tras tantos años indagando en las penas y desgracias de la Guerra Civil y sus desdichadas víctimas, iba más allá del amor que pudiera sentir por mi abuelo. Era un pro-



May Borraz muestra la foto de Sebastián Blasco que la familia conserva.

fundo amor hacia todos los asesinados, enterrados y olvidados de la guerra, hacia todos y cada uno de ellos.

Fue en ese momento cuando les pregunté a los voluntarios de la ARMH: “¿Si no es mi abuelo, lo puedo adoptar?”.

Resultó ser mi abuelo, lo cual fue la perfecta culminación de todo este proceso de búsqueda y encuentro, y, sin duda, uno de los momentos más emocionantes de mi vida, pero ¿y si no lo hubiera sido?, ¿lo habría reclamado alguien?, ¿tendría familia?, ¿si la encontraríamos, se interesarían?, ¿se harían cargo de los restos?

Quizás deberíamos plantearnos la necesidad de involucrarnos todos un poco más en la necesidad de sacar a TODOS los abuelos y TODAS las abuelas de sus cunetas, porque quizás ellos no tengan la suerte que ha tenido Sebastián de tener una nieta con tiempo, tesón y paciencia suficiente para hacerlo.

Es cierto que hay asociaciones de voluntarios, como la ARMH –a la que nunca me cansaré de agradecer lo que ha hecho para ayudarme a sacar a Sebastián de su hoyo–, que se dedican en cuerpo y alma a ello, pero no podemos dejarlos solos. Tiene que ser el país entero, con el Gobierno a la cabeza, quien limpie y airee su pasado. Si existe una oficina de víctimas del terrorismo, ¿por qué no existe una oficina de víctimas del franquismo?, ¿por qué el Estado no se hace cargo de sus propias víctimas? ¿Acaso no es su pasado?